CONFERENCIA "SABER DE DIOS"

"…en él vivimos, nos movemos y existimos" (Hch. 17.29)
***"Vivimos en Dios y Dios habita en nosotros"* (LU 131:10.4)**

SALUDO / PRESENTACIÓN / BIENVENIDA /AGRADECIMIENTO

INTRODUCCIÓN

El tema del que os voy a hablar gira en torno a Dios. Pero**,** ¿Por qué quiero hablaros de Dios? ¿Por qué una conferencia sobre Dios?

Pues quiero hacerlo porque creo en Él y porque me parece muy necesario.

La necesidad que tenemos los seres humanos de SABER DE DIOS es tan antigua como la propia humanidad, pero sigue permaneciendo insatisfecha.

Hoy día, plantearse la idea de Dios es, para muchas personas, una cuestión del pasado, caduca, y absurda o sin sentido en un mundo moderno, en el que la religión ha defraudado muchas veces, mientras que la ciencia, va explicando poco a poco las causas de muchos fenómenos que hasta hace sólo unos años eran atribuidos a Dios.

La creencia en Dios se ha desvalorizado tanto, que muchas personas, por temor a ser consideradas ignorantes o estúpidas, ya no se atreven a reconocer públicamente su fe. La libertad religiosa se ampara en los textos constitucionales de muchos países, pero los ciudadanos cada vez nos sentimos menos libres para decir que creemos en Dios.

Y, sin embargo, en nuestro mundo, la idea y la necesidad de Dios no sólo es consustancial al género humano, sino exclusiva de él. Las personas siempre nos hemos interrogado sobre Dios, y hemos querido SABER DE ÉL. No hubo jamás un tiempo en el que no nos planteásemos la idea de Dios. Por muy primitivos que fuésemos, por mucho que nos remontemos en el pasado hasta nuestros mismos comienzos, siempre nos hemos planteado a Dios. En cambio, ningún simio, a pesar de su gran parentesco genético con el ser humano, cree en Dios. Ningún perro, a pesar de su convivencia tan estrecha con nosotros, cree en Dios. No es, por tanto, la ignorancia del animal la que nos lleva a creer en Dios, sino la sabiduría humana.

¿Dónde está, pues, la razón de ocultar la creencia o de sentir vergüenza por ella, si creer en Dios es nuestra característica más propia y exclusiva?
Pues la causa de esa vergüenza podría estar en que algunos científicos han llegado a creer –no a demostrar- que todos los fenómenos del universo, y el universo mismo, tienen explicación sin necesidad de recurrir a Dios; y han convencido con su creencia –no con su ciencia- a muchas personas, llevándolas a creer que plantearse la idea de Dios es una solemne estupidez, propia sólo de un pasado remoto de seres primitivos.

Pero también la causa de esa vergüenza podría estar en que, algunas instituciones religiosas han abrazado, inmóviles durante siglos, unas ideas de Dios que ya son obsoletas, pero que siguen sosteniendo empecinadamente, sin incorporarse al despertar de la sociedad, a los avances de la ciencia y a los esfuerzos de la filosofía; y aceptar esas ideas trasnochadas resulta casi humillante, inaceptable por completo para muchos creyentes. Dios no cambia, pero el concepto que tenemos de Dios debe evolucionar al paso de nuestra propia evolución.

Los esfuerzos de filósofos honestos por mediar positivamente en el asunto, tratando de demostrar con fundados argumentos la existencia o inexistencia de Dios, no alcanzaron jamás su objetivo. La existencia de Dios, un ser infinito, no la podemos demostrar los seres finitos, y su inexistencia tampoco. Por ello, todos esos esfuerzos, aunque bien intencionados, han sido y serán siempre inútiles.

Pero pese a esos científicos apasionados que, al margen del honesto ejercicio de su profesión, predican la inexistencia de Dios, pese a esos religiosos que con sus ideas trasnochadas de Dios no se incorporan a una sociedad que crece en información, en ideas y en valores, pese a los esfuerzos dignos de agradecer, pero imposibles de alcanzar, de esos filósofos honestos, y pese a la vergüenza que sienten algunas personas de reconocer su propia creencia, lo cierto es que seguimos creyendo en Dios y necesitando SABER DE ÉL, porque esa creencia y esa necesidad son justamente las que nos distinguieron y nos distinguen como personas.

Dios es nuestro anhelo y nuestra esperanza de salvación, no solo en el sentido espiritual, sino en el de la propia salvación de la sociedad en la que vivimos, y no entender esto es errar el camino. Sólo cuando descubramos espiritualmente a Dios como nuestro Padre, y nos sintamos hijos suyos, reconoceremos a los demás como hermanos; y solo entonces nos amaremos verdaderamente. ¡Y sólo entonces nuestra sociedad humana tendrá salvación!

¡Por eso es tan necesario hablar de Dios! Y hoy estoy aquí, entre amigos, con la esperanza de que nos animemos a compartir con otras personas, en la medida en que ellas lo necesiten, las ideas que hayamos ido perfeccionando sobre Dios a lo largo de nuestra trayectoria de búsqueda. Y a ello os animo.

IMAGINANDO A DIOS

Bien, pues después de explicaros por qué me parece tan necesario hablar de Dios, voy a comenzar a hacerlo, tratando de responder a un par de preguntas.

Y la primera es esta: ¿Qué o quién es Dios y cuál es su origen?

DIOS es la palabra con la que, generalmente, designamos al CREADOR. A ese SER que origina, controla y sostiene toda la creación.

Y una sencilla reflexión nos lleva a imaginar que ese Creador tiene al menos 4 cualidades:

1. Es NECESARIO, porque ni el universo ni los seres que lo habitamos somos eternos; hemos tenido un principio, y no hemos podido salir de la NADA, porque de la NADA, nada sale. Hemos tenido que salir de Dios.

2. EXISTE POR SÍ MISMO, puesto que nada ni nadie había antes que él para darle el ser.
3. Es ETERNO, porque si no lo fuera, habría habido un tiempo en el que Él no habría existido, y no existiendo ni Dios, ni el universo, ni nosotros, estaríamos de nuevo ante la NADA. En realidad, Dios está fuera del tiempo, porque el tiempo es una creación de Dios.
4. Y es INMATERIAL, por lo menos tal como nosotros conocemos la materia, ya que ésta, -es decir el Universo Entero con todo lo que contiene- ocupa un lugar en el espacio, y Dios está fuera del espacio porque el espacio también es una creación Dios.

Si estas 4 cualidades tan evidentes, las aceptamos como reales, podemos también tener claro que Dios es el ÚNICO SER que no tuvo, no pudo tener NINGÚN ORIGEN. Dios es el único ser que puede decir con propiedad "YO SOY EL QUE SOY", como se recoge en la Biblia {Éxo.3.14; Ose.1.9}. Dios es LA INFINIDAD ABSOLUTA, la causa de las causas, la FUENTE PRIMORDIAL de toda la creación. Por eso, con toda legitimidad y acierto podemos decir que DIOS ES EL PADRE UNIVERSAL.

Pero, con lo que ya tenemos, ¿podemos imaginar alguna otra característica de Dios? Yo creo que sí. Si el Universo es un trabajo de creación de Dios, entonces, Dios debe ser ENERGÍA, porque todo trabajo requiere de energía.

Para descubrir otras características de la naturaleza divina, intentemos responder a esta segunda pregunta: ¿Por qué se lanzó Dios a la aventura de la Creación del Universo?

Podemos conjeturar lo que se nos antoje: que lo hizo por amor, o porque estaba aburrido, o por cualquier otra causa, pero lo único cierto con seguridad es que lo hizo, al menos, por dos razones: porque quiso y porque pudo.

Por lo tanto, otras características de Dios son su LIBRE VOLUNTAD y su PODER, ambos infinitos, para crear de sí mismo o en sí mismo toda la Realidad existente.

Pero si examinamos nuestro entorno, observamos que la voluntad es una cualidad solo apreciable en los seres dotados de vida, de mente y de personalidad, de las tres cualidades a la vez. Ningún ser que carezca de vida –como cualquier mineral-, o que carezca de mente –como cualquier planta- o que carezca de personalidad –como cualquier animal, ninguno de ellos, digo, muestra jamás una auténtica voluntad.

Y de ello podemos inferir que Dios, que creó toda la Realidad por su libre voluntad, deberá ser también VIDA, MENTE y PERSONALIDAD, pero no una vida, una mente y una personalidad como la nuestra, sino infinita, en justa correspondencia con la infinidad que ya le hemos atribuido antes.

Dios es el origen y el destino de la vida, de la mente y de la personalidad en toda la creación. Dios es el que nos confiere esos dones a nosotros y a todos los seres personales del Universo.

Por eso, también podemos decir, con toda legitimidad y acierto, con todo el derecho, que Dios es el Padre de todos y cada uno de nosotros, que DIOS ES NUESTRO PADRE y así podemos llamarlo.

Apenas le damos importancia al hecho de ser seres personales, quizá porque, como lo somos desde pequeños, no lo valoramos adecuadamente, pero gracias a la personalidad que el Padre nos confiere, y a otros dones que aún no he mencionado, podemos ser espirituales y eternos como él, buenos, amorosos y perfectos, como él, y podemos conocer y ser conocidos, y amar y ser amados. Y también podemos establecer con Dios una comunión espiritual, progresiva y recíproca, que hace posible nuestra unión con Él.

Podríamos continuar intentando descubrir otras características de Dios, pero hemos de admitir que, por nuestros propios medios, no podremos comprenderlo plenamente, y que con toda probabilidad, no llegaríamos muy lejos porque un ser infinito como Dios resulta insondable para seres finitos como nosotros.

Mirad esta reflexión del LU:
Si lo mejor de nuestra Ciencia pudiera demostrar que Dios existe, nos lo presentaría simplemente como la Primera Causa del Universo.

Cuando nuestra mejor Filosofía conjetura positivamente sobre Dios, lo considera como el único ser necesario y con existencia propia que confiere la existencia a todos los demás seres, que son contingentes.

Y finalmente, cuando nuestra Religión más avanzada cree en Dios, lo siente como el Padre Universal y amoroso que desea nuestra supervivencia eterna.

¿Qué tenemos? Tres visiones parciales de la misma realidad, que, frecuentemente, se sienten antagónicas.

NECESIDAD DE LA REVELACIÓN

Por eso necesitamos de la REVELACIÓN para poder comprender más ampliamente la naturaleza de Dios, cuyo mejor representante sobre la tierra fue Jesús de Nazaret. Por él, por sus enseñanzas y especialmente por su vida hemos podido mejorar el concepto de Dios, elevándolo a la categoría de PADRE DE CADA UNO DE NOSOTROS.

Y esa idea nos la ha ampliado recientemente el Libro de Urantia, que ofrece una revelación más completa, más precisa y más acorde con los tiempos actuales y con el nivel de desarrollo que hemos alcanzado. Por esta revelación sabemos que también forma parte de la naturaleza del Padre su PERFECCIÓN ETERNA E INFINITA. Y que esa perfección abarca por completo a la totalidad de su naturaleza y de sus atributos, que necesariamente están unificados, es decir, que son infinitamente compatibles unos con otros, porque, de no serlo, no podríamos estar hablando de perfección infinita.

Me estoy refiriendo:

- a su bondad, amor y misericordia infinitos
- a su rectitud y justicia infinitas
- y a su sabiduría, presencia y poder infinitos

Y a todos ellos me voy a referir brevemente.

NATURALEZA Y ATRIBUTOS DE DIOS

La BONDAD, el AMOR y la MISERICORDIA son atributos de la personalidad.

Sólo las personas podemos ser buenas, amar y ejercer misericordia. Las cosas, la naturaleza, los animales e incluso los pensamientos, no son buenos o malos en sí mismos, sino en relación con las personas.

Pero en Dios, la bondad, el amor y la misericordia, más que atributos, son la esencia misma de su naturaleza. Dios es bondad, Dios es amor y Dios es Misericordia.

Dios nos ama tanto, que no sólo nos ha conferido la personalidad, sino también un fragmento de sí mismo, de su propio Espíritu Divino, para que more de manera permanente en nuestra mente, ofreciéndonos el inmenso potencial de contar siempre con su sabia orientación espiritual.

Por eso, Dios es realmente nuestro Padre Espiritual, el Padre de toda la humanidad y nos ama divinamente a todos sus hijos, sin exceptuar a ninguno. Y esta relación paternal de Dios con cada uno de nosotros, nos debe llevar a la feliz conclusión de que todos somos hermanos. No solo los que piensan como nosotros o los que pertenecen a nuestra comunidad de creyentes, ¡no!, Dios no hace acepción de personas, ni de pueblos. No existe un pueblo elegido. Solo existen hijas e hijos de Dios.

En Dios, la bondad y el amor son infinitos de manera incondicional, no están limitados en modo alguno. Y por esa bondad y ese amor, el Padre no puede negar a ninguno de sus hijos el sabio ministerio de la misericordia, ya que ésta es el fruto natural de su bondad y de su amor, junto con su sabiduría infinita. Por eso, el Padre es infinitamente bondadoso con los pecadores, y siempre los perdona y los recibe con misericordia cuando ellos vuelven a la rectitud.

Pero, ojo, porque aunque la misericordia de Dios es también infinita, está, sin embargo, condicionada por el libre albedrío de la personalidad que podría recibirla. Y si esa personalidad rechaza la misericordia de modo permanente, el Padre estará impedido para concedérsela. No podemos ser salvados sin la participación activa de nuestra libre voluntad.

En el Libro de Urantia se afirma:

- Que el amor es la más grande de todas las realidades espirituales y la característica dominante en todas las relaciones personales de Dios con sus criaturas.
- Que Dios es intrínsecamente bondadoso, compasivo por naturaleza y perpetuamente misericordioso.
- Y que nunca es necesario ejercer influencia alguna sobre el Padre para suscitar su bondad, porque la necesidad de sus criaturas es enteramente suficiente para asegurar todo el caudal de su tierna misericordia y de su gracia salvadora.

Por todo esto, es necesario que desterremos, de una vez por todas, la idea de un Dios que se enoja como nosotros, que se muestra colérico como nosotros, que es severo en sus juicios, que castiga con crueldad eterna, que es vengativo, o que toma partido por personas o por pueblos concretos; ese no

es Dios nuestro Padre, sino el concepto que hace miles años algunos profetas tenían sobre Dios. Pero ese concepto de Dios no tiene cabida en nuestro mundo, después de conocer el mensaje del amor paternal de Dios hacia nosotros, que Jesús nos dejó hace dos mil años, y la reciente revelación del Libro de Urantia.

Y si las ideas que acabo de expresar son propias de una religión infantil y primitiva, e indignas de una época iluminada por la ciencia y la razón, ¿qué decir de la doctrina de la expiación sostenida todavía hoy por algunas iglesias, y que consiste en que Dios nuestro Padre, –ese ser infinito en bondad, amor y misericordia, en rectitud y justicia, en sabiduría y poder- la única solución que encontró para la remisión de nuestros pecados y para nuestra salvación, fue el derramamiento de sangre inocente, que culminó con la necesaria muerte violenta de Jesús, su Hijo, en la cruz?.

Dios nunca necesitó de la expiación para perdonar. Jesús repite por dos veces, según el Evangelio de Mateo {9.13 y 12.7}, la frase "*Misericordia quiero y no sacrificio*", y según el de Marcos {12.33}, Jesús confirma las palabras del escriba "*Amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios*".

De esta manera Jesús "suprimió", estando vivo, todas las ceremonias de sacrificios y de expiación de los pecados, mediante el derramamiento de sangre, que Moisés había incorporado 1.200 años antes en el ritual hebreo, tomándolas de cultos anteriores, con el fin de evitar la barbarie aún mayor de los sacrificios humanos.

Pero posteriormente, Pablo introdujo en su Epístola a los Hebreos la doctrina de la expiación — afirmando que Jesús fue el Hijo necesariamente sacrificado, por ser –palabras textuales- {Hbr. 9.23-26} *"la víctima más excelente…para la destrucción del pecado"*, y, en definitiva, para satisfacer la justicia inflexible del Padre y aplacar su ira.

Pero lo cierto es que Jesús no sufrió su muerte en la cruz para expiar la culpabilidad del pecado de Adán y Eva, supuestamente heredado por toda la humanidad; ni para redimirnos de las garras de Lucifer, ni para borrar ninguna otra falta. Dios nuestro Padre nunca ha concebido una injusticia tan bárbara ni tan horrible.

La voluntad del Padre nunca fue que Jesús muriera crucificado a manos de unos asesinos. La voluntad del Padre siempre ha sido, es, y será que lo reconozcamos como Padre y nos amemos como hermanos, pero también siempre ha sido, es, y será respetar el Libre Albedrío que nos otorgó a los seres humanos, incluso cuando decidamos cometer atrocidades tan enormes.

Dios nuestro Padre es infinitamente COHERENTE consigo mismo, en sus leyes y en sus acciones, en sus propósitos y en sus medios para lograrlos; no se encuentra jamás desgarrado o dividido por sentimientos contrarios, por una naturaleza de justicia y otra de amor. Dios es una personalidad infinitamente unificada en sus atributos y en su naturaleza, y la idea de que la única solución que encontró para salvarnos fue el derramamiento de la sangre de su propio Hijo, no solo es filosóficamente insostenible, sino que ataca de un modo brutal los cimientos de la fe en un Dios que es al mismo tiempo infinito en bondad, en sabiduría y en poder.

Dios es también infinitamente recto y justo. Y la Ley Moral de Dios para todo el universo es la RECTITUD y la JUSTICIA, que, en esencia, vienen a decir que hagamos el bien, individual y colectivamente,

conforme a la Voluntad del Padre, haciendo de esa Voluntad no nuestra ley, sino nuestra propia voluntad.

El LU, pone en boca de Jesús que el Padre Universal "*es la fuente de todo juicio verdadero*" y añade que su sabiduría infinita "*le permite administrar justicia y misericordia al mismo tiempo y en cualquier ocasión".*

También dice el LU:

- Que la rectitud divina no está dominada por una estricta justicia retributiva, sino templada por la misericordia, y que la misericordia no es una violación de la justicia, sino una técnica de equidad, para ajustar los distintos niveles de perfección e imperfección en el Universo.
- Que Dios como padre trasciende a Dios como juez, porque aunque la Rectitud es la Ley de Dios y hay que cumplirla, el amor es la actitud eterna del Padre.
- Y que la rectitud de Dios no es irreconciliable con su amor.

La rectitud que nos propone Jesús es la un amor dinámico por hacer bien las cosas, y no la prohibición negativa de hacerlas mal. Hacer las cosas bien, obrar con rectitud debe ser un verdadero placer, no un deber ingrato. Y Jesús siempre apela al deseo de rectitud y a la rectitud de nuestros actos, con frases como estas:

- *"El reino de los cielos es una vida de rectitud progresiva y de alegría creciente"*
- *"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de rectitud"*
- *"Bienaventurados los perseguidos a causa de su rectitud"*

Y al apóstol Natanael le dice, para todos los apóstoles, que sus juicios estén siempre precedidos por la misericordia, y que sus conductas estén precedidas por el amor.

Según el LU, la perfección de la rectitud y de la justicia de Dios, junto con su sabiduría infinita, aseguran la imposibilidad de que Dios cometa jamás un error, de que jamás tenga que arrepentirse o rectificar ninguna de sus decisiones. Es decir, que podemos tener la plena seguridad de que sus actos son infalibles, sus propósitos eternamente estables, y sus decretos y leyes inmutables.

Por eso, cuando hacemos al Padre peticiones que supondrían la anulación de cualquiera de sus sabias e inmutables decisiones, le estamos pidiendo en realidad un imposible a Dios.

Y esa es la realidad de muchas peticiones infantiles que le formulamos con frecuencia, y de otras menos infantiles pero también imposibles de atender.

- "Diosito, que mi hijo apruebe el examen de geografía"
- "Padre, que mi hija consiga ese puesto de trabajo que tanto necesita"
- "Dios, por fa, que mi papá gane el concurso al que se ha presentado"
- "Señor, por qué te has llevado a mi mamá con la falta que me hacía"
- "Padre, dame fuerzas para enfrentarme a esta enfermedad"

En fin, podríamos seguir, porque en verdad son muchos los deseos caprichosos que disfrazamos de necesidad, y muchas también las calamidades reales a las que a veces nos enfrentamos, sin la

posibilidad de resolverlas, ante las cuales es humano y bueno pedir ayuda a Dios. Pero eso no significa ni que el Padre tenga la culpa de esas situaciones, ni que las desee, ni que pueda resolverlas.

Más bien parece que no alcanzamos a comprender que el libre albedrío que Dios ha puesto en nuestras manos, lleva implícita también la plena responsabilidad de nuestros actos. Y continuamente queremos devolver la responsabilidad a Dios, culpándolo de cualquier cosa desagradable que nos suceda o, en el mejor de los casos, resignándonos a que Dios lo quiso así.

Pero ninguna de esas dos opciones es válida, porque, como acabo de decir, ni Dios tiene la culpa de lo desagradable que nos sucede, ni quiere que nos suceda nada desagradable. Entenderlo de otro modo puede significar que seguimos empeñados en imaginar a Dios a nuestra imagen y semejanza, en lugar de comprender que somos nosotros los que estamos llamados a ser semejantes a Él, y que disponemos de nuestro libre albedrío y de todos los medios necesarios para conseguirlo, como en seguida explicaré.

Dios es OMNISCIENTE, su sabiduría infinita, su conciencia universal, Dios lo sabe todo, nada hay en toda la creación que escape a su conocimiento: hechos, pensamientos, sentimientos, conocimientos, personalidades, mundos, todo es transparente para Dios. Jesús dijo: "*Vuestro Padre sabe lo que necesitáis incluso antes de que se lo pidáis*". Y esto es así porque a Dios, nada le coge por sorpresa.

Pero el hecho de que tenga el poder de conocer de antemano todo lo que va a suceder, incluso nuestros actos de libre albedrío, no impide que el Padre elija voluntariamente no conocerlos, es decir, poner voluntariamente límites a su propia omnisciencia.

No sabemos. Podría ser que sí, y que esos límites incluso formasen parte de su propia Ley Moral, pero si no fuera así, si Dios conoce nuestras decisiones antes de que se produzcan, tampoco ese conocimiento previo impide nuestro auténtico libre albedrío, que forma parte inherente de la naturaleza misma de la personalidad que el Padre nos otorga.

Dios es también OMNIPRESENTE, está en todas partes. Su omnipresencia forma parte de su naturaleza infinita. El Padre Universal es inconmensurablemente más grande que toda su creación y se revela en todo el Cosmos, pero el Cosmos entero no puede contener al Padre.

El espacio no constituye una barrera para Dios, pero Dios, por su libre albedrío, se ha impuesto límites:

- En el Paraíso, Dios está presente y perceptible, ejerciendo su acción directa y personal, sin limitación alguna.
- En los tres ámbitos de su creación, ejerce un control indirecto a través de sus 6 Absolutos Existenciales:
  - En el ámbito del Espíritu, la Presencia del Padre está representada por el Hijo Eterno y por el Absoluto de Deidad.
  - En el ámbito de la Mente, la Presencia del Padre está representada por el Espíritu Infinito y por el Absoluto Universal.
  - En el ámbito de la Materia, El Padre, como Controlador Universal, está potencialmente presente en los circuitos de gravedad de la Isla del Paraíso y en el Absoluto no Cualificado.

- En los universos evolutivos del tiempo y del espacio, Dios ha limitado voluntariamente su presencia directa y efectiva en reconocimiento de la soberanía y de las prerrogativas divinas concedidas por él a los creadores y gobernantes de dichos universos, por lo que a través de ellos ejerce un control indirecto.

- Y, por último, se ha reservado la facultad de mantener un contacto directo y paternal con todos los seres personales del Universo a través de su Circuito de la Personalidad, y también la de estar presente en la mente de sus criaturas evolutivas, mediante un fragmento de sí mismo, el Ajustador del Pensamiento, capaz de proporcionarnos una orientación divina y de posibilitar nuestra supervivencia.

Y finalmente, Dios es OMNIPOTENTE, su poder es infinito, es la causa primordial de toda la creación física, y toda ella se mantiene eternamente bajo su control gravitatorio centrado en el Paraíso, y girando alrededor de él. Su omnipotencia y su sabiduría son totalmente adecuadas para hacer frente a cualquier exigencia que se pueda presentar, porque Dios las ha previsto todas.

La omnipotencia de Dios no tiene más límites que los que él mismo se impone:

- En lo estrictamente espiritual, sólo se ha impuesto aquellos que garantizan plenamente la expresión de su naturaleza, de su voluntad y de su ley, porque Dios no puede actuar contra sí mismo.
  - Su naturaleza está guiada por el amor, la verdad, la belleza y la bondad
  - Su voluntad está guiada por la misericordia y las relaciones paternales
  - Su Ley está guiada por la rectitud y la justicia

- En su absolutidad, Dios se ha impuesto aquellos límites que se derivan de la Diferenciación de la Realidad en ámbitos, niveles y estados, porque en ellos el Padre Universal distribuyó su Infinidad Total en sus 6 Absolutos, como ya mencioné, y en Dios último y en el Ser Supremo, como enseguida veremos.

- Fuera del Paraíso y del Universo Central, el Padre Universal, se impone a sí mismo aquellos límites que garantizan la soberanía otorgada por él en los niveles de la Realidad Finita y de la Realidad Absonita. Y por ello:
  - renuncia a su autoridad y delega su poder en sus Hijos Creadores y otras personalidades,
  - está limitado por la presencia del Ser Supremo en el nivel finito y por la de Dios Último en el nivel absonito,
  - y está coordinado con los 6 Absolutos Existenciales, como ya vimos.

EL PROPÓSITO DE DIOS

Bien, pues ya me he referido, brevemente como prometí, a la perfección eterna e infinita del Padre Universal, expresada a través de su naturaleza y de sus atributos. Pero ahora debo decir que Dios, nuestro Padre, no sólo es plenamente consciente de toda esta perfección eterna e infinita, sino que la quiere compartir, incluso con nosotros los seres humanos. De ahí su mandato-invitación "*Sed perfectos como yo soy perfecto*", que nos ha llegado a través de la Revelación, y que pone de manifiesto el propósito que el Padre Universal tiene para nosotros, que consiste en que nos elevemos desde nuestra

actual condición de seres humanos imperfectos, hasta alcanzar la perfección divina que Dios nos tiene reservada.

Y este propósito de Dios, invitándonos a una META DE PERFECCIÓN, da SENTIDO A NUESTRA VIDA y nos impulsa a la AVENTURA SUPREMA de buscar a Dios, encontrarlo, comprenderlo, reconocerlo como padre y parecernos a Él, que debería ser desde ahora NUESTRA MÁS ALTA AMBICIÓN.

Y para que podamos lograr este propósito, el Padre Universal, obviamente, pone a nuestra disposición todos los recursos necesarios, toda su Providencia, puesto que, de no ponerlos, habría incurrido en una inmensa falacia, creándonos unas expectativas imposibles de cumplir. Y eso no lo hace ningún padre y mucho menos, Dios, nuestro Padre.

El LU nos habla del plan eterno del Padre. Y, en este sentido, dice, por ejemplo: "*En la mente de Dios hay un plan que incluye a todas las criaturas de todos sus inmensos dominios, y este plan consiste en un propósito eterno de oportunidades sin límites, de progreso ilimitado y de vida sin fin*" {LU. 32.5.7}

Por lo tanto, está claro que EL PROGRESO es la consigna a seguir. Un progreso que se cimenta en la fe, en el esfuerzo individual, en la consecución de logros, y en el desarrollo de la personalidad; y que abarca a todos los ámbitos y niveles de la realidad.

Pero dada la infinidad del Padre, solo podemos vislumbrar sus propósitos a medida que avancemos en nuestra carrera ascendente, que es ese largo camino de progreso material, intelectual y espiritual, que podemos recorrer, si así lo deseamos, desde nuestra condición inicial de seres humanos mortales en nuestro mundo de origen, Urantia, hasta lograr la condición de espíritus perfeccionados y eternos en el Paraíso, y aún más allá de ese logro.

Y ahora, sí. Ahora ya podemos completar la respuesta a la pregunta aquella de "¿Por qué se lanzó Dios a la aventura de la creación del Universo?". Y la respuesta es que no solo fue porque quiso y porque pudo, sino también porque deseaba que fuera habitado por criaturas inteligentes, personales y perfeccionables, como nosotros, capaces de lanzarnos también a la aventura de conocer a Dios nuestro Padre, de comulgar con él, de amarlo y de sentir su amor.

LA PROVIDENCIA DE DIOS

Las fuerzas y personalidades que el Padre puede utilizar y utiliza para alcanzar su propósito, son invaluables, y a todo ese conjunto de recursos que el Padre pone a nuestra disposición se le llama, como ya he dicho, la Providencia de Dios.

Dios, Nuestro Padre, no solo nos ha proporcionado un planeta que hasta ahora ha proveído todas nuestras necesidades materiales, por muy exigentes que hayan sido, sino que también ha previsto, para nuestro progreso a lo largo de esa carrera ascendente:

Una inmensa estructura de mundos:

- materiales como el planeta Urantia, donde comenzamos nuestra vida;

- morontiales, como las sedes de nuestro Sistema, de nuestra Constelación y de nuestro Universo Local, para nuestras etapas de progresión morontial posteriores a la muerte;
- espirituales, como las sedes de nuestro Superuniverso, para nuestras etapas de desarrollo espiritual;
- perfectos, como los del Universo Central de Havona, para nuestras etapas de perfección espiritual, y
- el Paraíso para culminar la perfección total en la presencia de Dios, Nuestro Padre, y asumir nuevos retos.

Y para lograr este desarrollo y perfección, ha dispuesto también de una gama extraordinaria de ayudas y de personalidades que actúan en perfecta coordinación divina, y que son, al menos, estas:

- Los 7 Espíritus Ayudantes de la Mente, otorgados para elevar nuestra mente hasta que alcanza el nivel espiritual.
- Los Serafines Guardianes, que nos protegen y ayudan a ser más sensibles a la realidad social.
- El don del Espíritu Santo, que santifica y espiritualiza nuestra vida interior.
- El don del Espíritu de la Verdad, que nos capacita para discernir la verdad de Dios.
- El Ajustador del Pensamiento, instalado en nuestra mente para orientarnos espiritualmente.
- Las Revelaciones divinas, globales o personales, que amplían nuestros conceptos sobre Dios.
- Y una multitud de instructores que a lo largo de todos los mundos mencionados nos colabora e instruye para nuestro progreso.

Nuestro Padre no ha descuidado nada, sino que ha puesto a nuestro servicio toda esa Providencia con el fin de dar satisfacción a nuestras eternas exigencias de progreso material, intelectual y espiritual.

Bien, pues hasta aquí he hablado de Dios. De la necesidad que tenemos de Él, de qué o quién es, de cómo es, de su naturaleza y de sus atributos, de sus propósitos respecto a nosotros, y hasta de los medios que pone a nuestra disposición para que logremos la perfección que nos propone.

Ahora, decidme vosotros si vale o no la pena querer conocer y amar a un Dios, a un Padre como este.

LA EXISTENCIA E INEXISTENCIA DE DIOS

Pero, seamos serios: ¿Existe realmente ese Dios? ¿Se puede demostrar su existencia? No sea que estemos aquí hablando de una entelequia, y que, al final, no nos sirva para nada.

¡Pues tendréis que decidirlo vosotros! ¡Cada uno de vosotros!

Yo, personalmente, he decidido que existe. Así lo creo y así lo siento. Pero también creo que no existe ni probablemente existirá nunca como una realidad objetiva para todos en nuestro mundo actual. Me explico:

El Padre, como ya he dicho antes, nos ha otorgado a cada uno de nosotros su Espíritu Divino, que nos proporciona el potencial de:

- sentir la necesidad de Dios,

- buscarlo,
- encontrarlo,
- y querer parecernos a Él.

Y también nos ha otorgado el don de LA PERSONALIDAD. Y gracias a este don, disponemos de:

- la Voluntad (que es el ánimo o disposición para hacer algo)
- y el Libre Albedrío (que es la potestad de obrar por reflexión y elección).

Por eso, Dios, por el puro y exquisito respeto que nos tiene a todas sus criaturas personales, y al Libre Albedrío que nos otorgó, jamás nos impondrá su presencia o su existencia a ninguno de nosotros.

Es decir, que sostengo que Dios no será jamás una realidad objetiva, indiscriminadamente para creyentes y no creyentes, sino una realidad subjetiva pero experimentable por la personalidad individual de sólo aquellas personas que, haciendo uso de las potencialidades expresadas y en virtud del desarrollo de su fe, terminen por encontrarlo.

Y esto es así porque Dios se hace presente, cada vez con más fuerza, en la experiencia religiosa personal de todos los creyentes, a medida que estos desarrollan su potencial de búsqueda, de encuentro y de perfección; y es en esa experiencia religiosa personal donde lo podemos encontrar principalmente, porque DIOS ES UN ESPÍRITU UNIVERSAL y solo podemos percibirlo con la visión de la fe. Creer es necesario para encontrar a Dios.
Pero mirad lo que os digo: la fe no es un don que Dios otorga a unos más que a otros. La fe es el resultado de atender, respetar y favorecer el libre crecimiento de nuestra tendencia natural a creer en Dios y a SABER DE ÉL.

En consecuencia, creo que es verdad que Dios existe y existirá siempre para aquellos que creen en él y lo buscan, pero también creo que es verdad que Dios no existe y no existirá jamás para aquellos otros que, por no creer, no lo buscan, y no buscándolo no lo podrán encontrar.

Por lo tanto, será de todo punto imposible que los creyentes puedan demostrar la existencia de Dios a los no creyentes, o que estos puedan demostrar la no existencia de Dios a los que sí creen. De hecho, la intención por parte de creyentes o no creyentes de demostrar la existencia o inexistencia de Dios sólo pone de manifiesto la voluntad humana de imponer la propia creencia a los demás; pero, afortunadamente, la voluntad de Dios no es la de imponerse a nadie.

Y la mía tampoco. No tengo la intención de convencer a ningún incrédulo, sino simplemente la de compartir con los creyentes, con vosotros, la alegría de nuestra fe.

Muchísimas gracias.

Rafael Mondéjar / Medellín /2017
E-mail: Rafael.mondejar@gmail.com